

# Alicia en el país de la guerra: crónica de una madre desplazada

Por Juan Nieves



Estudiante  
Escuela de Comunicación Social y Periodismo  
Universidad Sergio Arboleda Santa Marta

(0)

No me gusta hablar de mi vida. Es muy dolorosa. Cuando recuerdo aquello, el sufrimiento que pasé con mi marido y la vez que tuve que irme de esa finca dejando mis pertenencias, me amargo.

Tengo 55 años de edad, y trabajo aseando la casa de mi hija.

Cuando aquel muchacho decidió entrevistarme me puse nerviosa, como la vez que me declaré desplazada por la violencia en Valledupar. Ese joven moreno y universitario me convenció diciendo que era algo para sus estudios, que yo le servía para pasar lo que él y muchos estudiantes llaman 'parcial'.

Me entrevistó cuando estaba almorzando. Como él vive pensionado donde mi hija, comimos juntos en la terraza de la casa.

Comencé hablando de mi infancia.

(1)

Mi nombre completo es Carmen Alicia Torregrosa Contreras. Nací y me crié en Chibolo, un pueblito del departamento del Magdalena.

Mi mamá, Amalia Contreras, en esa época una mujer alta, de ojos grandes y espalda recta, trabajaba como comerciante vendiendo cuanto mercancía pudiera. Vendía desde zapatos hasta comidas.

Mi papá, Juan Vicente Torregrosa, un hombre blanco, grueso y con muchas enamoradas por su 'pelo mono', trabajaba como ganadero en su propia finca llamada Punta del este.

Sonreí al recordar las paredes de ladrillo que mantenían fresca la casa, el piso frío de cemento, el techo de eternit, el cuarto que compartía con tres de mis hermanas, el patio de las gallinas, cerdos, patos, torugas, loros y los palos que mi

mamá cuidaba. Mi papá, en el garaje, guardaba el carro con el que nos daba un paseo si sacábamos buenas notas en el colegio.

Era muy sabroso vivir así, y yo era hermosa por ese pelo rojo que vino del amarillo de papá y el marrón de mamá.

## (2)

Pasado un tiempo me escapé de mi casa, aburrida del encerramiento al que me tenía mi papá porque, siendo ya más grande, tenía muchos enamorados, y, por si fuera poco, a todos les dejaba enamorarme. Me fui con el primer hombre que me lo propuso una tarde caliente de mayo. Meses después, estuve en una finca de la Sierra Nevada de Santa Marta donde vivía feliz y enojada a la vez porque Pablo, así él se llamaba, me pegaba, y además me enteré que tenía otra mujer e hijos a los cuales había abandonado.

Me hacía la vida imposible pegándome cuando se le venía en gana.

Pablo también se contactaba con 'los hombres de uniforme verde', y se perdía hasta cuatro meses con ellos mientras yo me quedaba cultivando marihuana.

Así estuve diecinueve años de mi vida. En una ocasión, Pablo hizo un trueque de su finca por otra cerca de Chibolo, Magdalena, y nos regresamos a tierra caliente.

## (3)

Extrañaba La Sierra. En Chibolo, el clima era caliente y la brisa se sentía seca. Y lo peor de todo es que Pablo vendió la finca donde estábamos, se gastó la plata en ron y nos tocó irnos a vivir a la finca de un señor llamado Cayetano Rada.

Antes de sufrir en carne propia la crueldad de los hombres de verde, escuché que el ELN quiso tomarse Chivolo, pero menos mal y se los impidieron las fuerzas militares.

Trabajando en la nueva finca, un mediodía que hacía el almuerzo, llegaron unos hombres encapuchados preguntando:

— ¡Buenas, buenas! ¿Está el señor Cayetano Rada por aquí?

—Sí, sí se encuentra, ¿pero para qué sería? —les contesté tragando saliva.

Me pidieron que lo llamara de inmediato. Al salir el señor Rada de su cuarto, los hombres exclaman un "¡Venga acá, que con usted es que queremos hablar!".

Todo pasó muy rápido. Esos hombres amarraron y amordazaron al patrón y de seguido empezaron a golpearlo con una vara mientras apuntaban a los trabajadores con sus armas.

— ¡Sin vergüenza! ¡Hijueputa! ¡Guerrillero! ¡Care mondá! ¡Malparido! —gritaban con una furia de toro en corraleja.

Los trabajadores quisieron defender a su jefe, pero los hom-

bres les siguieron apuntando con sus armas y les amenazaron que como hicieran algo les disparaban.

Reclamaban al señor Cayetano por un ganado ilícito que él tenía en su poder y el hecho de ganar plata a costillas de la guerrilla, o, como yo misma los llamo: los hombres de verde y negro.

— ¡Guerrillero care verga! —gritaban.

Los tipos, encañonándonos, nos gritaron, intimidantes, que nos daban a todos diez minutos para que nos fuéramos, nos largáramos de allí, que si no era más que obvio lo que harían.

Ni Pablo ni yo nos lo pensamos. Dejando todo, la ropa, los trastos, las pertenencias, todo, absolutamente todo, corrimos junto con el resto de trabajadores ¿O qué es más importante que la vida misma?

Corriendo, emprendimos el camino que esos hombres nos dejaron a gritos que tomáramos.

Cuando sólo veía monte a mi alrededor, oímos uno, dos, tres disparos. Habían matado al señor Cayetano Rada, mi adorado patrón.

lba a llorar cuando advertimos cómo un helicóptero guiaba el 'ganado ilícito' fuera de la finca.

## (4)

Demoramos toda la tarde caminando. Llegamos a Chibolo donde mi mamá, viuda, nos

acogió después de saber lo que pasó. Sufrí al saber que a uno de mis hermanos, ese mismo día, lo mató la guerrilla.

—Andaba en malos cuentos — decían los vecinos.

Tres meses demoré viviendo con mi mamá. A Pablo le exclamé que me quería separar de él, que estaba harta que me pegara.

Desde ese día que me fui, es ahora y no he vuelto a pisar ese pueblo.

## (5)

En Valledupar, donde trabajé como empleada doméstica, decidí ir a un programa donde le regalaban cosas a los desplazados. Esperé el turno.

En aquella sala de espera, gente lloraba porque o le mataron al papá, a los hijos, a los abuelos, o les quemaron la casa, etc...

Apenas me llamaron me llevaron a una oficina. Inicié conversación con los que estaban atendiendo. Vestían con chaleco, corbata y pantalón clásico.

Fueron directos. Después de confirmar mis datos, me pusieron como condición principal responderle todas sus preguntas.

Una de la tantas fue la de confirmar el nombre de una persona influyente y rica de Chibolo. Después me dijeron que les narrara toda mi historia. Conté desde dónde viví hasta qué pertenencias dejé en la finca donde me desplazaron.

Por último, me llevaron a otra oficina donde hablé con una psicóloga.

Al responder las preguntas que me hacía la mujer, lloré.

En aquel lugar hice cursos prácticos para fabricar chocolates, galletas, manualidades, peluquería, confitería y productos de aseo.

Declarada como desplazada sí que me llegaron beneficios: a los tres meses de haber hablado, me llamaron los que me atendieron a decirme que me regalaban un mercado de comida y me pagaban dos meses de arriendo. Gracias al programa tuve alimentación, sustento económico e incluso colchones, útiles de aseo y cocina y, con el tiempo, la mejor noticia que pude tener fue que me regalaban una casa. Esperé bastante, nueve años, para que por fin me la entregaran incluyendo las escrituras a mi nombre.

Metí papeles en la Caja de Compensación Familiar del Cesar, más conocida como Comfacerar, durante todo ese tiempo hasta que, entre llamadas y citas, me informaron que tenía que decidir si quería un apartamento en Valledupar o una casa en Santa Marta.

Pedí la casa, no me gusta vivir en las alturas. Al estar acá en Santa Marta me trasladé a Ciudad Equidad, famoso barrio de la ciudad, y allí llevo viviendo y viviré el resto de mi vida. ■



Carmen Alicia Torregrosa y su nieta.  
Foto: cortesía de Alicia Torregrosa.

**«gente lloraba porque o le mataron al papá, a los hijos, a los abuelos, o les quemaron la casa, etc...»**